

espera-
estable-
aciones
episodio
-dijo-
ha es-
Francia
sgando
e caber
de dig-
la vida
igio de
o en el
aron la
cia- en
ecluida
nde los
Sólo a
amargo
claudi-
entes
en un
ngo 9,
García
ado
ntal de
zación
iplina.
y, por
na res-
se ha
vez—
u nue-
y libe-
mili-
mente,
uando
lini,
. Su
des-
lt se
nce-
i no
egu.
ale-
ber-
opi-
entá-
os de
ra es
bara
que
ultan
odas
a la
e, la
atis-
todo
como
e la
pero
rifi-
nuela
es



LA ARMADA



Organo del Comi-
sariado de la Flota ::



Portavoz de los Mari-
nos de la República ::

Época 2.^a (Año II) :- Cartagena 15 de Octubre 1938 :- Redacción: Muralla del Mar, 7-1.^o-izqda.-Tel. núm. 1.052 :- Núm. 86

COMISARIOS! Enseñanzas

La estancia más o menos larga en aguas de nuestra Base contribuye muchas veces a rebajar la moral que en los barcos de la Flota debe mantenerse siempre con el honor y el orgullo de unas bravas dotaciones. Y es al Comisario General, o simplemente Comisario de la Flota, al que corresponde de cuando en cuando trazar y puntualizar el deber inexcusable, que ha de mantenerse firme en el día y en la noche en el puerto y en el mar.

La escuadra inglesa, en la guerra europea, no salió más que dos veces, y el grueso se mantuvo siempre en sus Bases, esperando la ocasión. Sería estúpido comparar nuestra humilde Flota con los gigantes ingleses; pero, quiere decirse que la eficacia

no estriba en estar siempre en la mar. Está en salir a tiempo, y, además, nuestra Flota, a lo largo de esta guerra, ha salido cien veces a buscar nuestros auxilios, dando cara al enemigo.

Pero, en nuestras largas estancias, hay que reaccionar y encontrarse siempre alerta, por la razón—entre otras—de que la Flota es un frente, dondequiera que se encuentre. Los últimos ataques que hemos recibido de la aviación extranjera pueden ayudar un poco esta excitación nuestra: sentir la preocupación de estar lo menos posible a bordo, para atender al hogar o, lo que es aún peor, degenerarse en el vicio, el alcohol o los prostíbulos, es olvidar demasiado el sagrado deber del barco.

que no es nuestro, porque somos nosotros ¡de él! Es rebajar la moral y el espíritu, que debe estar siempre vigilante con ardor y con coraje para afrontar el peligro y perecer con honor defendiendo nuestro puesto.

Que nadie vea en esta llamada censuras que no hubo nunca, porque además, por fortuna, nuestra Flota Republicana conserva vivos en su sangre unos servicios y gestas que la colocan con honra al lado de nuestro Ejército y de nuestra Aviación; pero, en esta historia gloriosa, hemos de cuidarnos mucho de posibles desviaciones que habrían de rebajar ese historial de la Flota.

Sin que nadie sea casto ni héroe de pantalla, queremos recordar a todos, ¡a todos!, este sencillo deber, de pensar más en los barcos, en los ejercicios de capacitación, en las ¡guardias!, en la ¡vigilancia!

En esto, vosotros, ¡Comisarios!, no quiero que seáis mejores que nadie, porque nadie debe ser inferior a ello; pero sí quiero que vuestro ejemplo sea una cosa viva de sacrificio y camaradería; de auxilio constante al Mando, con el cual se comparte la responsabilidad de algo que para nosotros está por encima de todo: la dignidad de las dotaciones y el honor de vencer o morir por el pueblo, que es España y es la República.

El Comisario General de la Flota,

Bruno Alonso

A bordo del «Cervantes».

El general Menéndez, glorioso Jefe del Ejército de Levante, ha dirigido una carta pública al Comisario Inspector de dicho Ejército, camarada Ortega, que juzgamos de un alto interés. En ella, el general Menéndez, con la llaneza, sinceridad y recta intención que le caracteriza, insinúa ciertas sugerencias propias referentes a la actuación del Comisariado, que constituyen una verdadera enseñanza y orientación en cuanto a dicha función. De todas ellas queremos destacar tan sólo dos afirmaciones del máximo valor: la una, referente a la relación del Comisario y el Jefe militar; la otra, relativa a la verdadera «línea política» que el Comisario debe seguir.

Nadie con más autoridad que tan prestigioso Jefe, podía discernir la relación del Jefe y el Comisario. Para él, Jefe y Comisario no son, pese a sus funciones específicas, dos órganos independientes o autónomos, sino en estricta relación y compenetración complementaria, «como corresponde—son sus propias palabras—a dos buenos amigos y dos colaboradores que tienen una tarea común». En esta comunidad de trabajo, de fin y de función, se constituye la idea superior del Mando, resultante de la fusión—sin confusión—de Jefe y Comisario. (Si para el Mando—viene a decir el general—«se necesitan X puntos», Jefe y Comisario deberán ser «dos sumandos que han de completar dicho valor».)

En lo que respecta a la orientación política de las fuerzas, tarea esencial del Comisario, al general Menéndez le preocupa de un modo singular que, en esta función, el Comisario se inspire tan sólo en el alto ideal patriótico antifascista común a todos los combatientes, prescindiendo de toda desviación partidista o sectaria.

Doctrinas, ambas, impecables. Y demostrativas de una auténtica mentalidad antifascista.

Defender una Marina saturada, en su reorganización y en su Base, en su esencia y su entraña, en su trato y su disciplina, del espíritu del Pueblo, no es ir jamás contra el Mando. ¡Es para el Mando y para el Pueblo!



La Delegación de la Flota da cuenta de la impresión de su visita a los frentes

El pasado domingo, por la mañana, en el Coliseo «García Lorca» (Cine Sport), conforme se había anunciado, se celebró el acto público en que los miembros de la Delegación oficial de la Flota que habían recorrido los frentes de Levante y del Centro dieron cuenta de sus interesantes impresiones a sus compañeros de la Flota y a la población combatiente de Cartagena.

El acto fué presidido por las representaciones de los Jefes de la Flota y Base, Jefe del Regimiento y Parque de Artillería, jefe del Regimiento Naval, delegado del Comandante militar de la plaza, representante del Batallón de Retaguardia y otras autoridades civiles y militares, concurriendo a él, además de un numerosísimo público que llenaba completamente el amplio local, representaciones y delegaciones de todos los organismos oficiales, partidos y organizaciones antifascistas, y dió comienzo con una breves palabras de nuestro compañero Alejandro Rodríguez Seguí, Comisario Político del «Ulloa», quien, en nombre de la Delegación, explicó su significado.

A continuación, la Rondalla de la Flota que tan brillantemente dirige el compañero Leira, del «Libertad», interpretó excelentemente un selecto programa de música regional y clásica, que fué muy aplaudido.

Al entrar en el local el Comisario general de la Flota, compañero Bruno Alonso, fué vitoreado y ovacionado calurosamente por la concurrencia. Invitado por la Delegación a dirigir la palabra, el compañero Alonso pronunció un breve y emocionado discurso, diciendo que asistía como mero espectador al acto. Agradeciendo las cálidas ovaciones de que fué objeto, las rechazó modestamente, por estimar que en la Flota no ha hecho otra cosa que cumplir con los duros deberes que la guerra exige, procurando sola-

mente que dentro de la Marina reine una alta moral y una gran disciplina, respetuosa y obediente al Mando, con sentido liberal y absoluta lealtad al pueblo.

El camarada Bruno Alonso terminó sus elocuentes palabras, tributando un cálido homenaje a los Mandos y combatientes que ofrecen su vida por la libertad y la independencia de España dentro de la mayor fraternidad y disciplina, y haciendo votos por la abnegación, por el sacrificio y por la unidad entre todas las Armas, siendo fervorosamente ovacionado.

Seguidamente, intervinieron los compañeros Soles, marinero del «Jorge Juan»; Gálvez, marinero del «Méndez Núñez»; Madrid, cabo del «Escaño»; Llorens, marinero del «Cervantes», y Ramonde, segundo director de tiro del «Libertad», pertenecientes a la Delegación, quienes, en sus breves y emocionadas intervenciones, resaltaron diversos episodios e impresiones recibidas en su visita a los frentes de Levante y del Centro y a Madrid, expresando de un modo singular la profunda impresión que les había producido en todas partes la altísima moral y disciplina de nuestros soldados y compenetración y fraternidad que reinan entre todos los miembros del Ejército de Tierra, desde el más alto general hasta el último soldado, así como el cariño sincero con que fué acogida por todos la Delegación de la Flota, a la que se hizo objeto de innumerables homenajes.

Por último, nuestro compañero Rodríguez Seguí, Comisario del «Ulloa», pronunció un discurso resumen de las impresiones recogidas por la Delegación. Explicó que el objeto de la visita a los frentes, era, no sólo llevar el aliento y el cariño de los combatientes del mar a sus hermanos de tierra, sino también dar a conocer de un modo más exacto a dichos combatientes, lo que es, ha y significa la Flota en nuestra guerra; finalidad, que estima fué conseguida.

A continuación, estudia la situación general en los frentes de tierra, las fases en que pueden dividirse los hechos bélicos producidos en nuestro suelo y la evolución del Ejército Popular, desde sus orígenes hasta nuestros días. Expone las razo-

nes por las cuales se quebraron nuestros frentes del Este y de Teruel, y analiza y destaca la magnífica resistencia de Levante, que trastornó todos los planes y proyectos del invasor. Señala cómo se operó la reorganización del Ejército levantino bajo la dirección de los generales Menéndez y Matallana, y habla de la famosa línea psicológica de resistencia que el enemigo consideró real y que estaba construida tan sólo por los corazones invictos de nuestros combatientes.

Habla de la moral de las fuerzas de Levante, y hace una semblanza de sus jefes y comisarios, expresando su seguridad de que, fortificadas hoy y sólidamente nuestras líneas y reorganizado y entrenado de un modo perfecto nuestro Ejército, el enemigo se estrellará en Levante cuantas veces intente atacarlo, y la inmortal Sagunto no tendrá que repetir su gesta histórica.

Seguidamente, el comisario del «Ulloa» relata las impresiones recibidas en Madrid y en los sectores recorridos de su frente. Habla con admiración emocionada de los defensores de la capital, que en plena lucha supieron cercar a Madrid con un cinturón inexpugnable de trincheras que asombran a todos los técnicos. Relata la visita a los sectores de la Universitaria y del Barrio de Usera, de la Sierra, del Jarama y de Aranjuez, y expresa su admiración por el Ejército del Centro que dirige el heróico coronel Casado y que constituye una escuela de organización, capacidad y moral, así como el pueblo maravilloso de Madrid, incomparable en su heroísmo, al que el camarada Seguí dedica encendidas palabras de fervor, y exaltando para terminar su discurso, el gesto del pueblo madrileño, pisoteando con furia el pan envenenado y miserable con que los asesinos invasores trataron de humillarle.

Todos los oradores fueron calurosamente aplaudidos, concluyendo el acto en medio del mayor entusiasmo y entre grandes vivas a España, a la República, al Ejército y a la Flota.

La síntesis del Mando

Por el teniente coronel

CARLOS ROMERO

La síntesis de mando y obediencia es la disciplina. Esta es necesaria en la vida civil, y tanto en la fábrica, como en el taller, en los negocios, y en todas las organizaciones, precisase, para que la vida normal subsista, una disciplina en la ejecución de los planes.

De igual manera, para que el Ejército exista, es preciso, como primer factor (tan importante como el hombre y las armas), la disciplina; y es, también, para el Ejército, la disciplina, más importante que la instrucción, porque ésta no es perfecta sin aquella.

Mucho he meditado antes de dirigiros la palabra acerca del tema que sirviera para acrecentar vuestra capacitación para el Mando, y ninguno de los conocimientos militares que habéis adquirido y de los que recibiréis en el futuro, tiene la importancia que el de saber mandar y saber obedecer, que no otra cosa es la disciplina.

Si las organizaciones políticas y sindicales no hubieran tenido una disciplina fuerte y subordinada a sus principios y razón, no vestiríais seguramente ese uniforme, ni existiría el nuevo Ejército de la República de trabajadores, según la Constitución del Estado español, y hasta ahora, los que hubiesen sobrevivido a los asesinatos del Ejército negro de la reacción, vivirían sometidos y esclavos.

Habéis venido a sustituir a los que traicionaron un juramento solemne prestado; a los que, válidos de la fuerza que da el tener las armas y el ejército en la mano, se alzaron, para imponer por la fuerza otro régimen de privilegios que el pueblo español repugna y rechaza; para dar un salto atrás en la civilización de los pueblos en cientos de años.

De aquella tradición, para vengarla, ha salido, del pueblo, otro Ejército, del que forman todos parte: para mandar y para obedecer. Para una y otra cosa, debéis estar preparados. Tan difícil es lo uno como lo otro: por ello, la primera virtud del que manda es saber obedecer.

El Ejército es organización y máquina, que ha de responder en todo momento con exactitud y precisión, no tanto por la perfección de las piezas componentes, sino por la conducta de los hombres que lo constituyen, adaptados perfecta, pero conscientemente a la consecución del fin que persigue la función que se les confía.

VIDA DE LA FLOTA

La Marina Civil en la Flota

¿Quién puede negar la valiosa aportación de la oficialidad civil a nuestra Flota de Guerra? Sería una vanidad impropia de nuestra clase el que fuéramos nosotros los que nos ufanásemos en presentarnos como héroes de la Marina, cuando, en realidad, no hemos hecho otra cosa que cumplir con un deber de patriotas al servicio del Pueblo y de la República.

Pero la Marina Civil puede estar satisfecha de su aportación a la guerra, porque fué al principio de ésta cuando inmediatamente un puñado de Oficiales, Capitanes y Pilotos, vinieron voluntarios a la Flota, a ofrecer sus conocimientos, sus auxilios y su vida a los barcos de la República. En los barcos han continuado, continúan y continuarán esos dignos Oficiales hasta que la victoria brille como sol radiante sobre la Patria española, traicionada e invadida por las hordas mercenarias de Hitler y Mussolini.

En esta aportación nuestra sentimos, hoy como ayer, nuestra concepción profunda del espíritu del Pueblo que riega a torrentes de sangre los frentes de nuestra Patria. Y aunque pueda haber alguno que haya olvidado este espíritu por un afán vanidoso, olvidando lo que fué, podemos decir, no obstante, que la Marina Civil en nuestros barcos de guerra, sencilla y abnegadamente, da lo que es y lo que vale, como todos los demás.

Lo damos, como militares encuadrados desde el primer día en nuestra Flota Republicana; pero lo damos, además, con la doble condición de hombres cuya procedencia nace de nuestro Pueblo, y nuestra mayor ilusión es que, al final de la guerra, se pueda decir por todos que la Marina Civil, unida en apretado haz a la Marina de Guerra, fué, en todos los instantes, ejemplo de sencillez, de entereza lealtad a las ideas del Pueblo.

Un mercante

Arrojaron, primero, su pan miserable y venenoso. Al siguiente día, vomitaron de nuevo la metralla criminal sobre sus eternos objetivos inocentes e indefensos, en Valencia y Barcelona. ¡Y todos los días van así, cegando para siempre el perdón o el olvido!

A cada crimen, a cada ataque, lejos de desmayar, el pueblo se enardece en su sed de justicia y en su fé de victoria. ¡Nunca serán capaces de comprender los bellacos cuán torpes son, además de asesinos!

Sobre nosotros, también han dejado caer su único fruto posible. ¡Algún día, sin embargo, los puños que hoy levantan el dolor y el horror, aplastarán para siempre los pechos cobardes de esos miserables!

Marinos de la Flota: El enemigo nos ataca por sorpresa cuando nos cree confiados. ¡Ojo con las guardias!

Nuestra Emisora

Durante su visita a los frentes de Levante y del Centro y a la Capital de España, los miembros de la Delegación de la Flota recibieron innumerables felicitaciones por la actuación de este organismo de nuestro Comisariado. De igual modo, el Comisariado General recibe continuamente cartas en el mismo sentido de todas partes, hasta de los puntos más alejados del Extranjero.

Nuestra emisora figura en la cabeza de las emisoras españolas, y muy en breve será notablemente perfeccionado su servicio. En breve plazo, también, se reanudarán las charlas diarias a cargo de los Comisarios Políticos de nuestros barcos, que tan cálida acogida vienen teniendo.

La Campaña de Invierno

Con reiteración se dirigen a la Flota distintas organizaciones demandando nuestra ayuda para los frentes de Tierra o simplemente para socorrer a la causa antifascista.

Esta ayuda, la hemos prestado y la prestamos con gusto, porque el que más y el que menos sentimos todos el dolor del resto de nuestros hermanos; pero, no estará de más hacer aquí esta advertencia.

La Flota Republicana es un frente de combate exactamente lo mismo que nuestros frentes de Tierra, con la doble condición de que nuestros combatientes de Mar no pueden tener relevo desde que estalló la guerra, y además; en el puerto o en el mar, han de resistir el fuego sin más protección ni amparo que el fuego de sus baterías.

Por eso, parece un poco absurdo que se pretenda más de una vez confundirnos con los organismos de retaguardia, que sufren indudablemente las estrecheces y las tragedias de nuestra guerra, pero que no deben olvidar que a nosotros, los marinos, como en las trincheras, nos está vedado abandonar las armas, para vencer o morir con ellas.

Contribuya, pues, cada uno como le sea más grato, que eso hicimos y haremos. Pero dejen a la Flota como tal Flota, porque es unidad de combate. Es el Frente del Mar.

Los autores de nuestras fotos

Unos buenos amigos nuestros, el Teniente don Manuel Escudero Arroyo y los Oficiales primeros fotógrafos, don Manuel García Sánchez, don Victor Puente Vázquez y don Angel y don Santiago Martínez Salinas, pertenecientes a la Sección de Fotografía del Aeródromo de Los Alcázares, han sido requeridos por nosotros en numerosas ocasiones para obtener fotografías de los barcos y sus dotaciones, así como de diversos actos celebrados a bordo de nuestros buques, accediendo siempre a ello con verdadero placer.

El resultado de esta amable diligencia ha sido el disponer de una valiosa colección fotográfica de la Flota en su más interesante período, gracias a la gentileza, laboriosidad, técnica y arte de estos buenos compañeros mencionados. Queremos, pues, aprovechar esta ocasión para expresarles públicamente nuestra gratitud, por su cooperación inestimable, y nuestra felicitación entusiasta, por lo excelente de su labor.

En el «Hogar del Marino»

Acordada definitivamente su incorporación al Comisariado de la Flota, el «Hogar del Marino» se encuentra en un período de profunda reorganización, y no tardará mucho tiempo en reanudar sus actividades.

El Comisariado político de la Flota se propone dotarlo de cuantos medios materiales y morales sean precisos, para conseguir que lleve cumplida y dignamente su función de esparcimiento, de cultura y educación para todos los marinos republicanos. Es decir, para que se convierta, de una vez para siempre, en el auténtico «Hogar del Marino» de que tan necesitados estamos.

En breve daremos a conocer a todos los combatientes de la Flota una impresión adelantada de lo que será en un futuro próximo el «Hogar».

VISITAS A NUESTROS BARCOS



El Comandante

NOS HA DICHO:

Ofrendar nuestras vidas en defensa de la Patria invadida, es el deber que nos cumple como militares y como españoles. Ningún sacrificio, absolutamente ninguno, debe regateársele a España para que conserve con una limpieza intachable la grandeza de su Historia.

En el crucero "Miguel de Cervantes"

(CONTINUACION Y FINAL DEL REPORTAJE)

A la expectativa, frente a Huelva

A las cuatro y media de la madrugada del 30 de Julio de 1936, el «Miguel de Cervantes» levaba anclas en el puerto de Málaga, dirigiéndose seguidamente, a una velocidad de 20 millas, hacia Huelva.

Al pasar frente a Punta Carnero, en el Estrecho, la artillería enemiga emplazada en la costa nos hizo dos disparos que cayeron cortos, a cuyo ataque no quisimos contestar, prosiguiendo nuestra marcha.

Las 4'35 de la tarde serían, cuando dimos fondo frente a la entrada de Huelva, esperando al práctico, para que nos llevase al lugar conveniente.

Después de un rato de espera, aparece el bote del interesado, el cual da vuelta, inopinadamente, asustado, al parecer, por el toque de nuestras sirenas.

Unas lanchas de pescadores,

más decididas, atracan al costado del crucero. Por fin, lo hace también el práctico.

Según nos cuentan tales visitantes, la población está en poder ya de los facciosos venidos de Sevilla, con refuerzo de tropas legionarias.

Como elemental medida de precaución, nos alejamos un poco de la costa, quedando a bordo el práctico y un pescador, pues los botes se alejaron del crucero en aquellos instantes, al aparecer la aviación enemiga y arrojar siete bombas sobre nuestro buque.

Algunos vaporcitos pesqueros que hallamos luego por aquellas proximidades son enviados hacia Málaga, para cuyo punto partimos en la noche del día 31, después de haber estado explorando hasta entonces por aquellas costas.

Cañoneos de Cádiz y Río Martín

A eso de las diez y media de la noche del 5 de Agosto, nos hacíamos a la mar en dirección a Río Martín.

A la mañana siguiente, estando en navegación hacia el indicado lugar, recibimos orden de pasar antes frente a Cádiz, al ob-

jeto de cañonear determinados objetivos, procurando no hacer ningún disparo sobre San Fernando, pues, según parece, está todavía en poder de fuerzas leales a la República.

Son ya las 10'40 horas, cuando nos encontramos a la altura

de la plaza gaditana, y notamos que, desde el Polígono de Torregorda, nos hacen varios disparos, que nos quedan algo cortos.

Tampoco contestamos esta vez al ataque de que somos objeto, pues queremos llegar hasta Chipiona. Al regreso hablaremos.

Y henos de retorno, a eso de las doce y media.

Se toca zafarrancho de combate y, luego de las medidas previas, suena la orden de mando:

¡Fuego!

Y las granadas de alto explosivo empiezan a caer en tierra, yendo dirigido el tiro, principalmente, a los cuarteles que hay en el Parque Genovés.

Los cañones enemigos han empezado a disparar contra nosotros. Parece que poseen artillería de nuestro mismo calibre. Y nos caen bastante cerca varios proyectiles.

Enviamos una salva completa a la farola de Santa Catalina.

Y termina el cañoneo. Hemos hecho diez salvas con toda nuestra artillería, tras de lo cual continuamos viaje a Río Martín, para cumplimentar el encargo restante.

A medida que vamos cruzando el Estrecho, vemos que se va levantando un temporal, entrándonos los golpes de mar con mucha facilidad, por lo que tenemos que disminuir notablemente la velocidad.

Operación de castigo contra Punta Carnero

Poco más de la media noche del 25 del propio Agosto, mandado va el crucero por D. Luis González Ubieta, actual Jefe de la Flota Republicana, nos hacíamos a la mar, para efectuar un servicio de vigilancia por el Estrecho; en cuyo cometido transcurrió la jornada.

Al siguiente día, serían las 5'15 de la mañana, tocó a bordo zafarrancho de combate, estando frente a Punta Carnero.

Existe bastante niebla, por lo

A las cinco y media de la mañana siguiente, estamos llegando frente a Río Martín.

El temporal ha amainado bastante, pero hay mala visibilidad.

A las seis, todo está listo a bordo para empezar el fuego. No obstante, queda suspendida en ese momento la operación, ya que ha cargado la niebla y no se ve nada.

Y ponemos proa hacia Ceuta.

De improviso, un avión sale de entre las nubes, lanzándonos unas cuantas bombas, que, por fortuna, aun cayendo al costado del barco, con gran estrépito, ningún daño nos hacen.

Ya estamos frente a Ceuta. Y comienza inmediatamente nuestra nueva acción. Los proyectiles republicanos reproducen el pánico en la plaza. El fuego es certero.

A la mañana siguiente, de regreso en Málaga, la prensa hablaría extensamente de nuestro servicio realizado, así como de los llevados a cabo por otras unidades de la Flota, combinadamente, sobre Larache, Tarifa, Cádiz y Algeciras, en cuyo último punto fué hundido el cañonero rebelde «Dato» bajo el fuego del acorazado «Jaime I», practicándose también en dicha jornada un pequeño desembarco en Punta Carnero, donde pudieron comprobar nuestros marinos que habían sido destruidas las baterías enemigas allí instaladas anteriormente.

que no se abre el fuego hasta las 6'25, en que empieza a aclararse un poco.

Notamos que nuestros disparos son contestados por una batería de tierra. Por lo visto, después de las destruidas por nuestras unidades días antes, el enemigo acaba de montar otra nueva en el lugar.

Luego de un rato de castigo sobre la costa, nos alejamos de aquellas aguas, sin haber sufrido contratiempo alguno.

Taponamiento de la entrada de Huelva

En la madrugada del día 28, el «Miguel de Cervantes» se hallaba, de nuevo, frente a Huelva. Al amanecer, aparece el destructor «Alcalá Galiano», que se mantiene por las cercanías.

Más tarde, llegan dos barcos mercantes cargados de cemento, que, escoltados por el destructor, enfilan la entrada del río, manteniéndonos nosotros a cierta distancia de todos ellos, con objeto de proteger la operación de taponamiento que van a realizar.

En el preciso instante de entrar los mercantes en el río, aparece un avión enemigo, que, creyendo, sin duda, que dichos mercantes formaban un convoy rebelde que intentábamos capturar nosotros, nos arroja varias bombas, sin consecuencias, por nuestra parte, huyendo luego, perseguido por nuestros antiaéreos.

Sin embargo, no pensaron lo mismo los de tierra, pues se aprestaron a guarnecerse en las trincheras que allí habían construido, pensando que íbamos a hacer un desembarco. Apenas en sitio los repetidos mercantes, fueron abiertas sus válvulas de inundación, siendo recogidas sus dotaciones por el «Alcalá-Galiano».

La expedición al Cantábrico

Muy cerca de las cinco de la tarde del 21 de Septiembre, la Flota Republicana salía de Málaga en dirección al Estrecho.

Después de la cena, se nos leyó una alocución, haciéndonos saber que los buques declarados piratas por el Gobierno de la República campaban por sus respetos en el Cantábrico, por lo que era preciso marchar allá a combatir y ponerlos en fuga o hundirlos.

El día 25, sin haber avistado por todo enemigo en la travesía, más que un avión, fondeábamos en Gijón, para salir fuera a los pocos momentos.

Desde tierra abrieron fuego contra nosotros, haciendo uso de ametralladoras y fusiles.

Cuando nos disponíamos a entrar en acción nosotros, reaparece el aparato enemigo, que bombardea al destructor, el cual le pone en fuga con sus disparos.

Son las 9'30 de la mañana, cuando empiezan a hablar los cañones del «Miguel de Cervantes». Ya están completamente hundidos los dos barcos depositados. Y ahora nuestras salvas van cayendo sobre los objetivos de tierra. Un cuartel vuela hecho pedazos, saliendo despavoridos sus moradores, que tienen que regresar rápidamente a sus ruinas, pues otra de nuestras salvas les corta el paso y acrecienta su pánico, haciéndoles varias bajas.

Una batería rebelde es desmontada. Y se destruye la estación de radio. Y unos polvorines.

La jornada ha sido, pues, completa, a la cual han contribuido poderosamente todos los marinos de los buques participantes, rivalizando en coraje y entusiasmo.

En la mañana siguiente, navegando, alguien ha descubierto, allá en la lejanía, una silueta confusa, tocándose inmediatamente zafarrancho de combate y saliendo en demanda del buque avistado, que resultó ser un crucero alemán.

El día 27, en unión del «Jaime I» y el «Libertad», procedimos al cañoneo de los objetivos de Deva.

Al siguiente día, entrábamos en Santander, tributándonos un buen recibimiento, continuando viaje luego, el día 29, para Bilbao.

El Comisario Político

NOS HA DICHO:

Cada día estoy más convencido de que la guerra no puede resolverse de otra forma que con la victoria para las armas de la República, porque cada día es mayor nuestra moral, más perfecta la organización militar y lo podemos catalogar de sublime: nuestra resistencia. Un pueblo con estas virtudes, jamás podrá ser vencido.



Acompañados por el «Libertad» y dos destructores, salimos el día 30, con objeto de hacer una exploración por aquellas costas, recalando, al siguiente día, en Santander, donde ya nos espera el «Jaime I», en unión de las otras unidades.

El «Escaño» sale del puerto precipitadamente el 2 de octubre para reconocer un buque que se divisa a lo lejos, que resulta ser un petrolero.

El día 6, volvemos todos a Bilbao. El enemigo sigue sin dar muestras de vida.

Dos días después, recibimos orden de regresar al Mediterráneo.

En la tarde del 15, tropezamos unos vaporcillos portugueses.

Dos nuevos pesqueros—pero éstos de nacionalidad española—son apresados al siguiente día. Interrogamos a sus tripulantes y están imbuidos de que, a excepción de los puertos de Valencia y Málaga, todos los demás están en poder de los facciosos.

Los pescadores—que son de

Vigo—nos cuentan los crímenes que hacen los rebeldes.

Los destructores que se han acercado algo a la costa, vienen escoltando otros seis pesqueros que han apresado. Todos ellos reciben ordenes de seguir hacia Málaga, cosa que aceptan hasta con alegría.

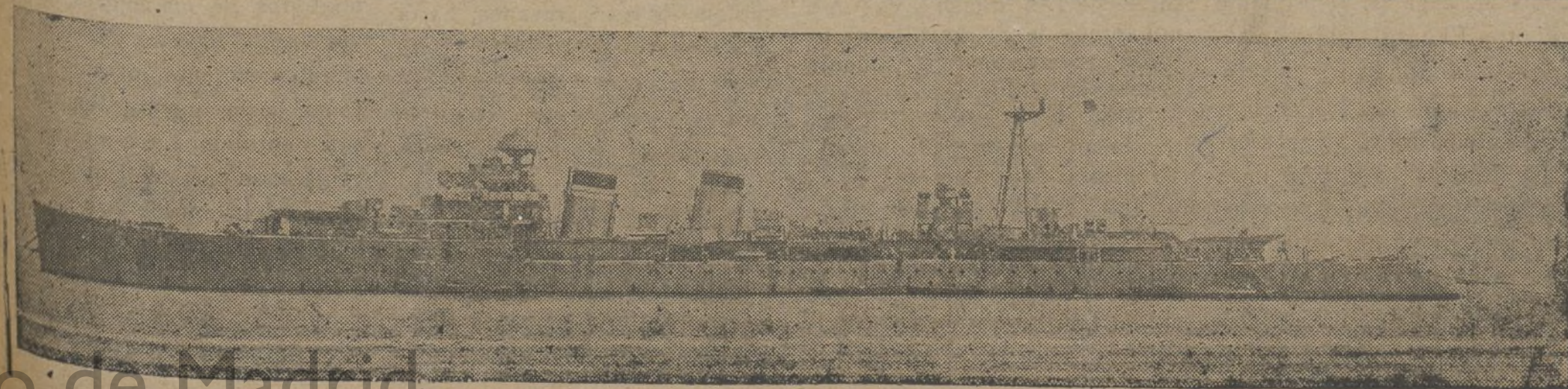
Proseguimos la navegación, poniendo proa a Casablanca, por donde parecen hallarse los navíos piratas ahora.

En la tarde del 17, bajando hacia el Estrecho, el «Almirante Antequera» captura otro pesquero.

De improviso, luego, un avión rebelde, mientras seguimos el paso, a lo lejos, de otros varios, nos deja caer cuatro bombas, sin consecuencias, ataque que es repetido más tarde a cargo de varios aparatos.

De noche ya, cruzamos el Estrecho. Ceuta vigila con un proyector, que no nos ve.

Y a las 10 horas del día 18, dábamos fondo en Málaga.



TECNICA

La velocidad de los barcos de guerra

II

El capitán Altham sostiene, por consiguiente, que si los navíos de línea británicos tuvieron que ganar en velocidad a sus rivales no deberían andar menos de 32 nudos, con carga completa. Pero la velocidad no es todo; la experiencia de Jutlandia prueba lo peligroso que es construir navíos de gran rapidez potentemente armados, pero incapaces de aguantar el golpe. Con más motivo hoy el barco de combate deberá ser susceptible de recibir golpes peligrosos tanto en las superestructuras como por bajo de la cintura acorazada, dado el empleo de simultáneo de la bomba pesada de avión, del torpedo de largo alcance y de los obuses tirados por elevación.

Pero una protección sería —como la velocidad— no podrá obtenerse más que a costa de sacrificios en el peso. No habrá más remedio que hacer sacrificios en uno de los elementos esenciales, que habrá de ser el peso de la artillería principal. El conferenciante inglés expresa con ello, sin duda, una de las tendencias que prevalecen en los círculos oficiales británicos, poco favorables a los calibres excesivos: «Después de todo, lo que nosotros buscamos, es el efecto del tiro... Lo que da la medida real del valor de los navíos de línea es el número de obuses que alcanzan al enemigo en un tiempo determinado, el daño que se le causa, en virtud de la perforación y de la explosión en el interior de sus navíos...» Se llega así al esquema siguiente. El desplazamiento será de 35.000 toneladas; los ingleses no se dejan, pues, seducir por las dimensiones gigantescas de los futuros barcos de línea japoneses y americanos; la velocidad será de 32 nudos; la artillería principal se compondrá de 9 o 10 cañones de 355 mm., la artillería secundaria, de 12

piezas de 140 mm., utilizables a la vez contra los barcos ligeros y la aviación; el barco llevará dos aviones; su protección estará asegurada contra los obuses de perforación de 406 mm. tirados a la distancia mínima de 18 kms.; y contra los torpedos, por medio de «bulge» del último modelo; el radio de acción será de 10.000 millas, a la velocidad de crucero. Las instalaciones serán de las más modernas, pero habrán de evitarse cuidadosamente toda carga técnica excesiva.

Como estos nuevos navíos de guerra combatirán en combinación con unidades más lentas, la táctica del cuerpo de batalla deberá sufrir las modificaciones oportunas de modo que puedan utilizarse plenamente los dos tipos.

¿Cuál deberá ser el papel de los cruceros? Primero: La protección de la navegación mercante. Segundo: El reconocimiento al servicio de la flota de batalla.

El enemigo más temible del buque mercante es el crucero del tipo «Washington», de diez mil toneladas, armado de cañones de 203 mms. El Imperio británico posee 15, los Estados Unidos 17, el Japón 12, Francia e Italia 7, Alemania e Italia 3, en construcción o acabados. El convoy mercante tendrá igualmente que contar con el ataque de cruceros casi tan poderosos como los anteriores, de un desplazamiento de 8.000 toneladas, un armamento principal constituido por cañones de 152 mms., todos muy rápidos. Son, por ejemplo, en Francia, los «De Grasse» (8.000 toneladas; 12 piezas de 152 mms.; 8 cañones antiáereos de 88 mms.; un cinturón acorazado relativamente grueso; 34 nudos de velocidad); en Italia, los «Garibaldi» (9.000 toneladas con carga completa, 10 piezas de 152 mms.; 8 de 98 mms. antiáereas; 35 nudos de velocidad); en el Japón los «Mogami» (8.500 toneladas; 15 cañones de 154 mms.; 8 de 126 antiáereos; 33 nudos de velocidad).

Maniobra en los destructores para el rastreo de minas

PARAVANES

(Continuación)

El gancho en que terminan las tiras de los pescantes se engancha en el cáncamo de suspensión del paraván y se cobra de la tira con los tambores auxiliares de los chigres hasta dejar los paravanes fuera de sus calzos.

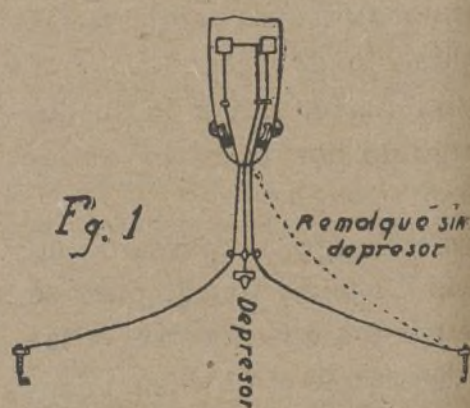
Arriado de los paravanes.—Se reduce la velocidad del buque hasta quedar entre 10 y 12 nudos. Se hacen girar los pescantes hasta llevar los paravanes fuera del costado; el paraván entre tanto se mantiene quieto por medio de bicheros o con ondas pasadas por seno. El ramalillo disparador del gancho se dispone de modo que el paraván quede libre antes de tocar el agua, para lo cual se habrá marcado de antemano el cable. Se corrige cualquier flojedad o bucle del cable de remolque, cobrando con el chigre hasta que quede suficientemente tirante.

Los paravanes son arriados uno a uno, arriando la tira con el tambor auxiliar hasta que caiga el paraván, por tener firme la trapa del gancho. Se deja entonces que el chigre vaya largando cable, hasta unos 25 metros y se aplica el freno gradual para detener el cable cuando se hayan largado de 60 a 65 metros. Cuando ambos paravanes están en marcha, con 65 metros de cable, se larga el depresor en la forma siguiente: se sueltan las vueltas de cable en las vitas de amarre, y se pasa el seno del cable por las eslingas, entre los cables de remolque de los paravanes, hasta que la marca de 50 metros esté fuera del barco. Este cable se amarra de nuevo a la vita. Se suspende el depresor con uno de los pescantes y se arria después entre los cables de los paravanes, por la popa de las eslingas transversales.

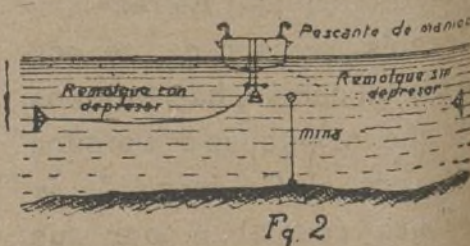
En cuanto el depresor llega al agua, se desliza hacia popa

arrastrando consigo las eslingas. El empuje hacia afuera de los cables de los paravanes, actúa como freno, dando lugar a que el depresor sea remolcado gradualmente, sin que se produzcan sacudidas en el cable de remolque del depresor.

Al ser disparado el depresor, se arrian poco a poco los cables de los paravanes hasta largar,



180 metros de longitud del cable, medidos desde la guía de popa. Los tambores de los chigres se afirman eficazmente por medio de los linguetes. Se puede entonces aumentar la velocidad del buque hasta llegar a los 20 nudos de velocidad normal de remolque. La maniobra queda como se representa en la (fig. 1).



En la (fig. 2) puede comprobarse la diferencia que existe entre un paraván con depresor y sin él.

Maniobra para cobrarlos a bordo.—La velocidad del buque se reduce hasta quedar entre 10 y 12 nudos. Se embragan los tambores de los chigres, se levantan los linguetes y se cobran simultáneamente los dos paravanes hasta que queden fuera solamente unos 65 metros de cable, y se para de cobrar por medio del freno de mano.

Luis IRANZ
Auxiliar Alumno Naval

(Continuará)

EL MANDO

EL TEMOR AL DICTADOR

POR EL GENERAL W.

III

Se ha sentido que el Mando es «un don», cualidad que, al forjarse en el hombre, puede llevar al caudillaje. Esto hace que algunos partidos y grupos sindicales abriguen el temor de que, al realizar con prestigio y éxito la gestión y poner en práctica y valor las cualidades, apareciese en el momento de la victoria «el dictador». Por ello no ven algunos con agrado en el Ejército, por parte de la política, a quien pueda reunir todas las condiciones que anteriormente se han enumerado; por ello se le combate por todos los medios, aun a sabiendas de que, al hacerlo así, se retarda la consecución de la victoria y se siguen inspiraciones de los enemigos del Régimen que luchan por el fascismo y que cuentan, entre los que se llaman leales, con agentes provocadores.

No fomentar la disciplina y la confianza en el Jefe, es retardar la consecución de la victoria, fin primordial de la guerra: vencer al enemigo, destruir al fascismo y poder implantar los principios nuevos en todo su vigor, dando al pueblo lo que es suyo y que ganó en las urnas y ahora defiende con las armas.

Craso error el desconfiar, si contamos entre nosotros con hombres de formación militar que reúnan las cualidades expresadas anteriormente y formados en el estudio de la Historia y a los que seguramente se ha puesto a prueba en los frentes de combate, o se les pueda poner, y ser utilizados en debida forma. De todos los que lucharon y han sido probados en los frentes, podemos estar seguros. Los militares profesionales que han quedado a nuestro lado y que, en los primeros momentos, sin vacilar, lucharon por la causa del pueblo, lo están por amor a esta causa y por sus ideas liberales, son defensores del Pueblo y de la Constitución de la República democrática de trabajadores de todas clases; son estos militares profesionales iguales que los que proceden del pueblo, forjados y formados en la guerra y que aquellos otros formados en las Escuelas Populares de Guerra. Todos son hijos del pueblo y obreros, que no osarán jamás luchar contra el pueblo y menos derrocar sus libertades para tiranizarlo; pero bueno es prevenirnos y orientarnos vigilando y controlando a los primeros, es decir, a los militares profesionales que desde el primer momento luchan o han luchado en los frentes, para que continúen trabajando y luchando con el mayor respeto a la Constitución, que impide que pueda llegar ningún militar a una situación de mando o privilegio en contra

de las normas constitucionales y encauzando a los demás para que, en todo momento, sus servicios puedan ser útiles; pero, sobre todo, no debemos olvidar que cuantos han quedado a nuestro lado respetan la Constitución y ésta es la base de que «el caudillo», el conductor de masas a la victoria no podrá, sin olvidar y faltar a sus deberes, convertirse en «un dictador». Pero, como mayor garantía, aún debemos procurar que la Alta Dirección (el Mando Supremo) no pueda llegar a hacer una labor personal, sino una obra armónica, pero conjunta, de todos los elementos que componen el Gobierno. La victoria será la obra del pueblo; el caudillo, el ejecutor de la voluntad del pueblo, que ha sabido utilizar sus dotes de mando. Ejemplos grandes hemos tenido en la dirección de las guerras; la más próxima ha sido la guerra europea. La teoría de los aliados, que defendían la causa de la libertad en la gran contienda mundial, vamos a analizarla rápidamente:

Francia, al iniciarse, entrega la dirección del Ejército a un hombre; la política de la guerra era llevada por elementos políticos. Los intereses de los aliados, principalmente los ingleses, se basaban en que la defensa nacional es un problema a considerar en su totalidad y del que son elementos solidarios la potencia militar de sus ejércitos, de sus escuadras de mar y aire, el desenvolvimiento de su comercio y de su industria y la riqueza y la economía nacional, que debe ser fortalecida por la política del Gobierno, que ha de hacer frente al problema de fortalecer y vigilar todos los elementos de producción, sin descuidar ninguno.

Francia, al iniciarse la guerra, por leyes votadas en Cortes, confirió poderes extraordinarios al Gobierno y retrasó, por su libre voluntad, las sesiones de las Cámaras, para dejar entera libertad de acción al Gobierno y al Mando; y el Gobierno, por su libre voluntad y por intermedio del Ministro de la Guerra, confirió prácticamente todos los poderes a un hombre, al general Joffre, convirtiéndose éste en director de la guerra y los ministros en sus proveedores. No se aprovecharon los órganos de la defensa nacional de la paz y el rendimiento de la organización improvisada fué deficiente. Joffre asumió integralmente los poderes que el ministro le confirió, y nunca informaba, ni a éste ni a ninguna otra entidad gubernamental, de sus planes de operaciones. Esto fué un error; por eso decíamos antes que no se debe llegar a que la alta dirección de la guerra sea una labor personal, pues ello nos llevaría, como llevó a los franceses, a

una serie numerosa de sorpresas que iban revelando y manifestando en la lucha: consumo desmedido de municiones, falta de conexión entre la producción y el consumo, que obligaba a las naciones aliadas a que se adaptasen difícilmente a las condiciones de esta nueva situación; se empleaban organismos antiguos, se creaban otros nuevos, se estudiaban modificaciones de los organismos ministeriales y el problema se agravaba cada día porque el Consejo de Ministros, demasiado numeroso y complejo para desempeñar las funciones del Comité director de la guerra y sólo con poderes legislativos, que no le daban mayor capacidad para la alta dirección, estaba entregado a «un hombre». Parecía que no era posible encontrar una solución adecuada dentro del marco de la Constitución, y así se llega a 1916 en que Joffre tuvo que ser sustituido y el Gobierno asume sus derechos constitucionales de control general en la dirección de la guerra y decide suplir la falta de un organismo político que diese impulsión y dirección energéticas y simultáneamente coordinara los diferentes medios de combate en los frentes económico, militar, naval, diplomático, etcétera, creando un «Comité de Guerra» de composición política y técnica y con la misión de asegurar la dirección política de la guerra y estudiar, preparar y someter a la aprobación del Consejo de Ministros las cuestiones generales de la dirección de la guerra de la que debía ser responsable el Gobierno. Este Comité funcionaba en sesión permanente; pero su libertad de acción no era completa, y su eficacia muy pequeña. Sus deliberaciones más importantes debían ser sometidas al acuerdo del Consejo de Ministros; funcionaba con una Secretaría técnica, que tenía por única misión preparar el estudio de las cuestiones a someter al Gobierno. Este sistema tenía grandes inconvenientes que se manifestaron cuando fué rechazada la propuesta del general Castelnau para jefe del Estado Mayor General; pero, sin embargo, su acción llegó a ser rápida y enérgica y mejoró notablemente la dirección superior de la guerra; Clemenceau, en el año 1917, dió nueva constitución a ese «Comité», y formaron parte del mismo como vocales, además de los ministros, el jefe del Estado Mayor del Ejército y el jefe del Estado Mayor Naval; de todos estos «Comités de Guerra» formaba parte el Ministro de Hacienda, por el gran papel que ésta y la Economía juegan en el desenvolvimiento de la guerra y en su dirección.

La Secretaría del «Comité de Guerra» fué convertida en una Se-

cretaría General y era presidida por un miembro del Gobierno con el nombre de Subsecretaría de Estado, en la Presidencia del Consejo de Ministros, para la guerra; la Presidencia del Consejo de Ministros y el Ministerio de la Guerra funcionaban como un solo Ministerio.

En Inglaterra, después de declarada la guerra, la dirección superior de ella fué asumida por el Gobierno consecuente con su opinión totalitaria, y así se mantuvo hasta noviembre de 1914; pero, la falta de planes de campaña, el no funcionamiento de los organismos auxiliares del Estado Mayor General del Ejército aconsejaban la variación de este sistema; sin embargo, subsistía el recelo, que ya apuntamos puede existir aquí, de temor al hombre, y como, por otro lado, también existían los recelos que en 1890 apuntaba Sir Campbell-Bannermann y en 1895 Balfour, de que el Comandante en Jefe fuese el único consejero militar del Ministerio de la Guerra y de que los ministros no tuvieran libertad de elección entre varias opiniones y pudieran dejarse influenciar exclusivamente por una única personalidad, hizo que, al igual que en Francia, se constituyera en noviembre de 1914 un «Consejo de Guerra» cuyo fin principal era reducir el número de miembros del Consejo de Ministros que personalmente participasen en la dirección de la guerra asistidos por un Cuerpo de peritos y técnicos; funcionaba bajo la dirección y responsabilidad general del Consejo de Ministros, al que informaba antes de iniciar una política nueva y ponía en ejecución las cuestiones para que la autorizaba el Consejo de Ministros. Su rendimiento era escaso porque no estaban bien definidas las funciones de los ministros consejeros.

La dirección de la guerra, lo mismo en Inglaterra que en Francia, no era francamente perfecta; hacía falta variarla solamente. La individualidad extraordinaria de Lord Kitchener, permitió salvar la situación, pues asumió de hecho las funciones de ministro de la Guerra y jefe del Estado Mayor General del Imperio, implantado como primera medida la creación de una fuerza militar de primer orden.

En 1915 se convirtió el «Consejo de Guerra» en un «Comité de Guerra del Ministerio» (War Committee), más reducido que el anterior y con menos poder, pues todas las decisiones, antes de ejecutarlas, habían de ser sometidas al Consejo de Ministros, y en diciembre de ese año se dispuso que ejerciera las funciones de Comandante en jefe del conjunto de las fuerzas

(Pasa a la 8.ª página)

El temor al Dictador

(Viene de la 7.^a página)

militares del Imperio, y el jefe del Estado Mayor General desempeña las funciones de jefe de Estado Mayor del General en Jefe. A los ministros de la Guerra y de Marina les quedaba la responsabilidad del reclutamiento, organización, instrucción, alimentación y equipo de las fuerzas militares y navales. Cuando Lloyd George se encarga del Gobierno en 1916, es cuando el órgano de dirección de la guerra alcanza la mayor perfección; el «Comité de Guerra del Ministerio» es sustituido por un «Comité de Guerra», con las atribuciones del anterior Comité y las delegadas del Consejo de Ministros. Lo componían el Presidente del Consejo de Ministros y cinco Ministros más uno de los cuales era el titular del ministerio de Hacienda, y los cuatro restantes ministros sin cartera; el ministro de Hacienda era el agente de enlace entre el «Comité de Guerra», el Consejo de Ministros y el Parlamento, en donde contestaba a los debates e interpelaciones. Lloyd George, con los miembros restantes del Comité y los técnicos, disponía así del tiempo necesario para su gran tarea, pues este nuevo Comité tenía la dirección total de los asuntos de los asuntos de la guerra y los ejercía con una eficiencia que nunca se había alcanzado antes, tenía plenos poderes de decisión y era asistido por un buen organismo técnico de trabajo, que era no más que la antigua Secretaría del Comité de Defensa del Imperio, considerablemente reforzada con medios y personal, para poder ejercer una acción de gran importancia bajo un régimen casi dictatorial a cuyas órdenes se movían e impulsaban los demás ministerios, dirigidos en su casi totalidad por técnicos que trabajaban con un notable rendimiento.

En 1917 se alteró el régimen de este «War Committee», constituyéndose además el «Comité de política de guerra del Gobierno», compuesto por miembros del Comité de Guerra y algunos del Consejo de Ministros, para ocuparse sólo de la política de la guerra en general.

Hemos visto que la constitución de un «Comité de Guerra» se impuso tanto en Francia como en Inglaterra, y que este «Comité de Guerra» asumió el papel de Generalísimo, teniendo, como órgano de trabajo, una Secretaría militar que no es más que el Estado Mayor.

Los países aliados vieron la necesidad de que la alta dirección de la guerra no fuese confiada a un solo hombre. Son las teorías liberales de dirección las que inspiran también nuestro movimiento revolucionario; pero si se vio la necesidad de una «única dirección», que se encomendaba al «Comité de Guerra»; de la ejecución material y de detalle se encargaban los mandos militares a través de un órgano técnico para la transmisión de las directrices.

Si establecemos un paralelo entre lo que pasó en la Gran Guerra y lo que ha ocurrido en nuestro país, después de la criminal sublevación militar, que ha entregado nuestro suelo patrio a naciones extranjeras, veremos que, en los primeros momentos, en los meses de julio y agosto de 1936 la dirección de la guerra era llevada en pleno por el Consejo de Ministros y ejecutada por los ministerios de la Guerra y Marina con los escasos elementos técnicos y materiales de que disponían; en septiembre y octubre continuó la misma orientación de dirección por el Consejo de Ministros y ejecución de la guerra por los ministerios de la Guerra y de Marina y Aire, con plenitud de poderes. Es decir, el inconveniente señalado en la Gran Guerra de que el Consejo de Ministros, por el gran número de miembros con que contaba, era perjudicial para la alta dirección de la campaña, continuó en nuestro país, y fué en el mes de noviembre de 1936 cuando, convocados el Gobierno y los Partidos de la necesidad de la coordinación de las fuerzas de mar, tierra y aire para imponer que la voluntad y la acción sean únicas y que los diferentes órganos de ejecución se conviertan en ruedas de un mismo engranaje para, en íntima conexión todas las fuerzas militares y económicas, obtener la victoria, con la idea de que la política de la guerra y la política militar, esta última de carácter eminentemente técnico, marchen al unísono, se constituye el «Consejo Superior de la Guerra, análogo a los «Comités de Guerra» aliados; pero sin que se haya delimitado sus atribuciones, sin que tenga aquellas amplias que tenía el Comité de Guerra inglés y sin contar con la Secretaría técnica aquel alto organismo.

Los ministros tienen además, al Consejo de la Guerra, el despacho ordinario de sus ministerios y la atención de sus múltiples ocupaciones políticas, y no podrán prestar la máxima atención a las cosas de la guerra; por ello se hace necesario independizarles de su cotidiano trabajo y que se dediquen sólo al estudio de la política de la guerra y su conducción, manteniendo mayor contacto con el Estado Mayor de mar, tierra y aire; y por ello creemos necesaria una modificación del «Consejo Superior de la Guerra», que se convierta en «Comité de Guerra» y que, teniendo como presidente a una

persona de solvencia social, política y de trabajo, sea el encargado de llevar adelante la labor de dirección de la guerra con gran eficiencia y bajo el régimen autoritario del Comité de Guerra inglés, impulsando la labor de los demás ministerios con vistas a la movilización general de todas las reservas del país, sin el peligro de un caudillaje y con un mando y una dirección única impuesta a los generales de los ejércitos en todos los frentes.

Para realizar la política de Guerra que el Comité señale, dispone el país de recursos económicos, financieros en personas y en material, que únicamente podrán estar en normal funcionamiento si se dispone y se asegura la libertad de comunicaciones por mar y defensa antiáerea. Por ello se hace necesario aprovechar integralmente toda la población para que la parte masculina necesaria, forme parte de los ejércitos combatientes y los elementos restantes para los ejércitos de trabajo y de la retaguardia obteniendo con ello el máximo rendimiento con la mayor economía de fuerzas y medios. Por este lado el Frente Popular, en unión de los grupos políticos y sindicales, teniendo en su mano la Administración pública, hará que pueda organizarse fácilmente, siguiendo las indicaciones del «Comité de Guerra»; todas las actividades nacionales, y la tradición guerrera de nuestro país sumada a la educación cívico-militar de la población, harán que con los menores sacrificios de los ciudadanos se llegue a obtener la mejor defensa del país.

La creación de un «Comité de Guerra» con amplios poderes, apartaría por completo los prejuicios de los partidos políticos y sindicales y el miedo a que pueda surgir, con la figura del caudillo, «el dictador»; y, sin embargo, se llevará a cabo la labor porque el Comité de Guerra, en forma dictatorial, debe imponer la política de la guerra y la política militar del país, velando por su ejecución.

En resumen, abogamos y creemos necesario, que el Gobierno, teniendo a su frente al Jefe del Estado y dentro de las normas constitucionales, sea el que tenga en su mano el poder ejecutivo, la dirección de la política interna y externa del país y la autoridad superior sobre todas las fuerzas armadas de mar, tierra y aire, delegándolas en un «Comité de Guerra», compuesto por el Presidente del Consejo de Ministros y Ministro de Defensa Nacional, con los miembros necesarios y representantes de las regiones autónomas, con una Secretaría técnica para unificar la acción general y asesorar sobre la política militar del Gobierno.

Este Comité tendría como labor

señalar a todos los individuos y entidades políticas y sindicales y en general de toda índole del país, sus deberes en relación con la defensa nacional; a cada ramo de actividades, las líneas generales de sus organizaciones y preparación de la ejecución de su movilización y utilización para la guerra; tendría los máximos poderes en representación del Gobierno para asegurar la defensa nacional, y señalaría el régimen para reforzar los organismos superiores de la dirección de la política de defensa y conducción de la guerra. Los ministerios marciales quedarían reducidos a la única misión de administración, reclutamiento, organización e instrucción y los servicios de mantenimiento, de Sanidad e Intendencia deben seguir unificados en poder del ministro de Defensa Nacional, por ser problema general de la nación, pero subordinados en todo a la marcha general de la nación y a las normas que fije el Comité de Guerra.

Se hace necesario la creación del Ministerio de Armamentos con plenitud de poderes y separación de los demás ministerios, debiendo ser el titular de este ministerio uno de los vocales del Comité de Guerra. Esta organización, a la que no deben estar ausentes los delegados de las regiones autónomas y los comisarios de guerra, dará al Gobierno de la Nación la elasticidad necesaria para dirigir la guerra, y el «Comité de Guerra», indispensable como se demostró en la Gran Guerra, será quien pueda llevar a cabo la dirección de la política militar y lograr la victoria rápida, con la puesta en producción de todo el país.

Nos hará falta todavía un organismo técnico coordinador de las acciones de los tres ejércitos de tierra, mar, y aire, lo que se logrará siendo el jefe del Estado Mayor General de todas las fuerzas armadas miembro del Comité de Guerra, o bien creando un «Alto Comité Militar» subordinado al «Comité de Guerra».

Con estas normas podrán utilizarse, sin temor a que puedan salirse de normas constitucionales, todos los valores de que dispone el Ejército y aquellos que se vayan creando con la utilización de los que han tomado parte en las luchas que llevamos sosteniendo desde el mes de julio de 1936. La victoria llegará por el mando unificado y por la labor dictatorial del «Comité de Guerra» que impondrá la disciplina y la obediencia en los frentes y en la retaguardia.

Información naval extranjera

Los acorazados alemanes y los franceses

Extractamos un artículo de Pierre Dominique en «La République»:

«Quizás sería útil que los franceses mediten este hecho: desde hoy la flota acorazada alemana vale tanto como la nuestra y de aquí a algunos meses, 18 meses máximo, será más fuerte que la flota acorazada francesa.

He aquí las cifras: nosotros disponemos de 3 acorazados modernizados de 22 mil toneladas, con una velocidad de 27 nudos, a los cuales hemos agregado el «Dunkerque» y el «Strasburgo» de 26 mil toneladas y 30 nudos. Esto es todo. Se me permitirá no tener en cuenta otros 3 viejos acorazados no modernizados, que además no hacen más que 23 nudos y haciendo más lenta a la escuadra no podrían hacer más que pri-

varle de una buena parte de sus capacidades de combate. Naturalmente que también estamos construyendo unos buques de 35.000 toneladas, pero están en construcción, lo que es muy diferente a estar prontos para la lucha.

Alemania en cambio posee:

- 1.º Tres «Deutschland» de 10.000 toneladas y de 30 nudos.

- 2.º Dos cruceros de batalla, el «Gneisenau» y «Scharnhorst», el uno puesto en servicio el 21 de mayo último, y el otro que va a serlo dentro de algunos meses, al mismo tiempo que nuestro «Strasburgo».

Así pues a partir del próximo Otoño, Alemania dispondrá de 5 navíos modernos contra 5 modernos o modernizados nuestros, pero mientras que el conjunto alemán de 82 mil toneladas, constituirá una escuadra homogénea de 30 nudos de velocidad, nuestro conjunto, de 118 mil toneladas, y por lo tanto teóricamente más poderoso, estará compuesto de dos grupos de navíos, tres de ellos viejos, de

27 nudos, y dos, modernos, de 30. Dicho de otro modo, nosotros tendremos una escuadra algo más poderosa pero menos rápida y carente de homogeneidad.

Esto no sería nada. Pero hay algo peor. En el capítulo de los buques de 35 mil toneladas, Alemania está en camino de derrotarnos. Su primer navío de 35 mil toneladas ha sido botado; en construcción no tiene más que dos—según ella dice—pero va tan deprisa, al ritmo inglés, es decir, construyendo un acorazado en un tiempo inferior en un año al que nosotros construimos los nuestros, que ya no volverá a quedarse atrás.

No discutiré las demás cifras. Nuestros lectores ya saben que independientemente de los acorazados de que acabo de hablar, Alemania tiene en construcción, 3 cruceros de 10 mil toneladas, de los cuales dos ya están botados; 2 cruceros de 6 mil toneladas (más 3 en proyecto); 31 submarinos (que se agregarán a los 37 en servicio).

Todo esto, sin contar los nuevos torpederos, los dragaminas, los escoltas de submarinos, y los

buques-escuela o de ejercicio.

Recordemos que en 1900 éramos todavía la segunda potencia marítima del mundo, y que en 1938 somos la cuarta, después de Inglaterra, los EE. UU. y el Japón, pero vamos muy lejos detrás de ellos y estamos a punto de pasar, por poco que Roma y Berlín continúen su esfuerzo, a quinta o sexta fila.

Poco me importan las razones de nuestra debilidad y de nuestra lentitud. Me limito a repetir por milésima vez que es absolutamente inútil poseer el segundo imperio del mundo y dominar la oncená parte de las tierras emergidas si nos contentamos con una marina de guerra que no corresponde a este imperio.

Y el imperio en estas condiciones no es más que un blanco. Y no siendo más que un blanco, atrae el rayo.

¿Se quiere conservar el imperio? Sí? Entonces hay que dar a nuestros marinos los medios de defenderle. No existe otra alternativa.»

13 FOLLETON de «LA ARMADA»

la expedición de los Dardaneles

por M. M.

(Continuación)

Varían los barcos, se incorporan al progreso, enferman de la misma manía de la velocidad, que es un síntoma de todos los tiempos, considerablemente agravado en esta «era norteamericana», pero, en el fondo el marino siente dentro de sí el mismo romántico entusiasmo por la profesión que sus predecesores más arcaicos... Y su barco, sea un ligero destructor de silueta femeninamente estilizada, un pesado y antiestético acorazado tipo «Nelson», o un pez metálico como el submarino de 1931, le inspira el mismo efecto entrañable que el profesado antaño por los que corrían los mares en una velera fragata, un toseco navío de tres puentes, una galeaza o una triera. Y es que, en el fondo, es lo mismo realmente...

Pero el «Gaulois» resiste bien; los buques franceses han sido, en todas las épocas, modelos de construcción, y esta vez no va a desmentirse la tradición.

La isla de los Conejos va haciéndose cada vez más alta; a medida que su silueta aumenta, la confianza de la gente del «Gaulois» aumenta también. Francia no perderá este acorazado que navega con una brecha de siete metros de longitud bajo la línea de flotación por la que el agua ha ido desfondando mamparos hasta llegar a uno que aísla la proa del resto del buque; si éste cede...

Los supervivientes del «Bouvet» han ido imprimiendo confianza en las gentes del «Gaulois»; y cuando uno de ellos cuenta el gesto de un «¡Vive la France!», proferido por una voz de moribundo, mientras una manga con galones de teniente de navío sale apenas a la superficie y se hunde, esta vez definitivamente, todos sienten en su interior que el «Gaulois» se ha de salvar. Acaso, me diréis, es la misma sensación que experimentan los turco-alemanes

en la costa que defienden heroicamente. Cierto; porque el amor a la propia nación, el afán -in límites de servirla siempre, llegando a los mayores sacrificios sin vacilación alguna, es lo que ha sido el propulsor de las más bellas acciones que en el Mundo han sido. Como ha dicho nuestro gran dramaturgo, el insigne Jacinto Benavente, «la Patria y la Madre no se eligen, y, sin embargo, cada hombre cree que la suya es la mejor».

La isla Drepano, que, con Fido y Mavro, forma el archipiélago de los Conejos, está tan cerca ya, que nadie duda de la salvación del «Gaulois»; es un islote pobre, sin vegetación, deshabitado, por el que corren los prolíficos animales que dan su nombre al grupo insular, pero es, como la tabla para el naufrago, de un valor inapreciable. Cuando el acorazado francés, a velocidad cada vez menor, vara dulcemente en la playa de blanda arena, el comandante Biard, y toda su dotación con él, respiran como aliviados de un peso enorme. Y cuando el almirante Guepratte sube a bordo para felicitar a su comandante por su pericia, que ha salvado el barco, dos lágrimas se deslizan por las atezadas mejillas del viejo marino...

El «Gaulois» se ha salvado esta vez, aunque las insidias navales le hayan de enviar algún tiempo después a los abismos profundos del fondo del mar... (1).

.....
Allá, en la desembocadura de los Dardanelos, la lucha continúa; son las dos y media de la tarde, y el «Lord Nelson» y el

(1) El acorazado «Gaulois» desapareció torpedeado por submarino alemán en el Egeo el 27 de diciembre de 1916. Sólo murieron cuatro de sus tripulantes.

(Continuara)



LA ARMADA



En la Flota Republicana no hay proselitismo alguno. Socialistas y Comunistas y Anarquistas y Republicanos y sin partido, permanecen abrazados todos en su Unidad con una sola bandera: la bandera de su barco. ¡Bandera de la República!
¿Qué mejor ejecutoria que esa?

La Delegación de la Flota, en los frentes

Crónica internacional

Por tierras de Levante

En Valencia del Cid

Valencia no es la ciudad alegre y confiada de otros tiempos. En pocos meses ha sufrido una honda transformación, rescatando el perfil que la guerra demanda. Hoy, Valencia, sin perder su belleza, su espíritu y su gracia, es una ciudad que vive la guerra; que reacciona a tono con las exigencias dramáticas del frente; que trabaja por la victoria, y resiste y encaja las acometidas bestiales del fascismo, sin perder la serenidad ni la dignidad.

En Valencia se labora por la guerra con extraordinaria eficacia. Mientras la algarabía puebla las calles de la hermosa capital levantina, no lejos de ella unos hombres modestos, silenciosos, abnegados, trabajan sin descanso. Uno de estos hombres a quienes España deberá en un mañana próximo su liberación, nos recibe y nos abre de par en par las puertas de los Ejércitos que defienden Levante. Este hombre es el Coronel de Artillería Don Enrique Fernández Heredia, antiguo jefe nuestro en el extinto XVIII Cuerpo de Ejército del Ejército de Maniobras... El talento, la cultura, la capacidad de trabajo y de organización, han colocado al coronel Heredia en un puesto de máxima responsabilidad dentro de la dirección de los Ejércitos de la Zona Centro-Sur-Levante. El coronel Heredia—afabilidad paternal—nos conduce hasta el general Matallana, ese magnífico artífice de nuestras victorias más resonantes en la España seccionada de Cataluña. Estamos ante uno de los primeros generales del mundo, revelación silenciosa de nuestra guerra. El general Matallana, de una modestia incomparable y enternecedora, nos recibe como a viejos y queridos amigos. Sus ojos inteligentes nos miran de un modo casi infantil, absorba la mente en preocupaciones severas. Una sonrisa que jamás se borra de sus labios, y un fuerte apretón de manos. Algún día, la Historia purificadora, decantadora, la Historia justa e inflexible, esclarecerá estos nombres que no son todavía del público dominio. La mano fuerte y sencilla, la mano cordial de Matallana, ha trazado unas líneas que nada pudo sobrepasar, y en su ademán enérgico y suave, palpita la decisión profunda de resistir y combatir hasta vencer, de nuestro pueblo en armas.

«Hacedme un duelo de labores y esperanzas...»

(A. Machado)

Hay una ciudad española heroica en los siglos eternos y en el presente. Una ciudad indomable, que nada podrá vencer, y en la que las caras reliquias del pasado vulneran el lamento del clásico:

«...a su gran pesadumbre, se rindieron...» Y sigue despreciando la furia de los hombres, y la erosión de los siglos. ¡Sagunto! Sagunto, ciudad de piedras solemnes, y de hierro, invicta ante Aníbal iracundo; indomable, bajo la lluvia diaria de la metralla enemiga...

Sagunto es, con Madrid, el más alto ejemplo de nuestra retaguardia. En ella se temple el mineral, y, también, el espíritu. Su alta colina desafía los vientos y la agresión, y en su propia fortaleza se edifica la posible resistencia futura, que el heroísmo de nuestros combatientes aleja cada día más... Quien ha visto Sagunto, derruida en su urbe moderna, pero inmovible en su «civitas» eterna, sabe que nada hay que temer. No precisará jamás la remoción de su majestuoso suicidio. Ante ella, se estréllarán los cuernos de sus atacantes, porque Sagunto tiene el corazón de hierro. (De día y de noche se oye el canto de sus factorías, donde unos hombres y unas mujeres!, entonan, sin descanso, la canción del trabajo liberador. ¿Qué importa el vuelo nictálope de pájaros siniestros, cuando no cesan el diástole de los corazones de acero?).

El puma y el fascista

Alguien ha hablado de «la alegría satánica de la destrucción». Destruir, implacablemente, lo podrido, lo sucio, lo feo, lo desagradable, lo injusto, lo raquítico..., es, desde luego, una empresa fuerte, bella y heroica. La destrucción criminal, estúpida; la destrucción en sí, por la destrucción, y por el daño, refleja una maldad desconocida hasta en las fieras. Ton sólo dos bestezuelas destruyen por destruir, asesinan por matar, se complacen en el crimen: el puma y el fascista.

Alejandro Rodríguez Seguí
Comisario político del «Ulloa»

(Continuará)

Ni optimistas ni pesimistas

En las sombras de las cancillerías europeas se especula nuevamente con España. A ciencia cierta, no sabemos exactamente con qué fin: si con el fin de apaciguar el conflicto español y asentar definitivamente las bases de un nuevo equilibrio pacífico en Europa, o con el fin de ofrecer una nueva víctima propiciatoria a la ambición imperialista del fascismo. En el primer caso, cuanto se haga por la paz será, aunque tardío, laudable. En tal sentido, bien claras han sido las palabras y los actos más recientes de nuestro Gobierno y de nuestros gobernantes, en los que se evidencia un firme deseo de paz, que sólo demanda una premisa inexcusable: el cese de la invasión extranjera.

En el segundo caso... España no es Austria, ni se halla acogolada como la República checa. Está en pie de guerra, y en esa actitud sabrá sostenerse. Tal es nuestro deber más imperioso. Si el acuerdo angloitaliano de la retirada de «voluntarios» y armamentos se lleva a efecto, la paz no tardará en venir. Estemos alertas tan sólo a lo que en estos días se trata y se resuelve del Mando, sin que nos ciegue ni el optimismo ni el pesimismo.

Los Mandos de nuestra Flota, como todos los Mandos de la República, tienen siempre en nosotros, y a demás de nuestro apoyo, nuestro respeto y nuestro cariño, exactamente lo mismo que los tienen todas las dotaciones y cuantos dan la vida por redimir a su Patria de invasores y traidores. ¡Esa es nuestra lealtad!

EL «PAN» DE LOS FACCIOSOS

